

raro que rompan más de una ó dos piezas de su voluminosa carga.

Para evitar que los roben, acostumbran viajar dos ó tres juntos, y en ocasiones encuentra uno hasta grupos de veinticinco individuos; pero al punto como salen de la Sierra, se sienten seguros yendo solos, pues la gente de tierra caliente no es ladrona.

Dos huacaleros llegaron una vez á mi mesón procedentes de Patamban ("lugar de *patamo*," carrizo). Bajos como eran de estatura y empapados por la lluvia, parecían mucho más chicos á causa de su elevada carga. El más grande de los huacales pesaba sesenta y tres kilos, carga muy ligera en opinión del mismo indio y de todos los que estaban presentes. Una vez había llevado uno de ochenta y seis kilos, desde Colima á Morelia, en el increíble término de seis días. Los huacaleros no parecen cuidarse del peso que soportan, pero lo voluminoso de él llama mucho la atención y despierta la curiosidad, al punto de que cuando pasan por haciendas en donde hay balanzas, les piden que dejen pesar sus huacales. Al principio mi hombre positivamente se negó á dejar que lo pesáramos, y hasta después de considerar el punto por todo un día y una noche, pensó que la recompensa ofrecida bien valía la humillación á que debería sujetarse. Su peso resultó ser setenta kilos, ó sea sólo siete kilos mayor que el su huacal. El indio tenía el cuello corto, y era muy musculoso, particularmente en las piernas. Me dijo que cuando el último cólera, en 1850, tenía quince años de edad, de suerte que en 1895 debía tener sesenta. Había sido huacalero durante treinta y cinco años y mantenía á su familia con ese trabajo, sin dedicarse para nada á la agricultura. Ahora iba á la costa hacia Río Grande, á realizar dos pesos de ollas y con el proyecto de traer el rico queso que allá se fabrica y que compran con avidez en la Sierra. El viaje duraría treinta y seis días y le produciría doce pesos mexicanos.

## CAPÍTULO XXII

ANTIGÜEDADES—LAS YÁCATAS—LA FIESTA DEL CRISTO MILAGROSO—  
BAILANDO EN LA IGLESIA—LO ANTIGUO Y LO NUEVO—LA RELIGIÓN  
Y LA ETNOGRAFÍA—MENDIGOS DE PROFESIÓN—TRAFICANTES DE  
LAS FERIAS—EL BAILE DE LOS APARECIDOS.

AQUÍ, como en otros pueblos de la Sierra de los Tarascos, dan los indios mucha importancia á los ídolos antiguos á quienes llaman *tarés* (anciano venerable). Desde el punto de vista artístico son muy inferiores á los que se encuentran en la Tierra Caliente. Cada tarasco tiene un ídolo enterrado en su campo. Tiénonlos también en las casas y más especialmente en los graneros, por considerarlos guardianes del maíz. Creen de mal agüero enseñarlos y encontré muy difícil inducirlos á desprenderse de sus lares y penates. Cuando los indios sabían mis deseos de comprar monos, los escondían y negaban que los hubiera. Los más resueltos y mercenarios ofrecían llevarme algunos, pero salvo en un caso, nunca lo cumplieron, quizás porque su conciencia les prohibía cometer tal impiedad.

Un día se acercó furtivamente un hombre á mi domicilio, mirando con desconfianza y frecuentemente hacia atrás para ver si alguien lo seguía. Cuando hubo entrado, me descubrió un mono que llevaba oculto bajo su frazada, diciéndome que una mujer del pueblo vecino de Paricutín ("al otro lado del valle") le había encargado venderlo. Era una efigie insignificante de piedra, muy tosca, que no valdría más de seis centavos; pero cuando le ofrecí el triple, exclamó el indio: "¡No, no, no! La mujer me dijo que pidiera catorce pesos." Y ocultándola prestamente

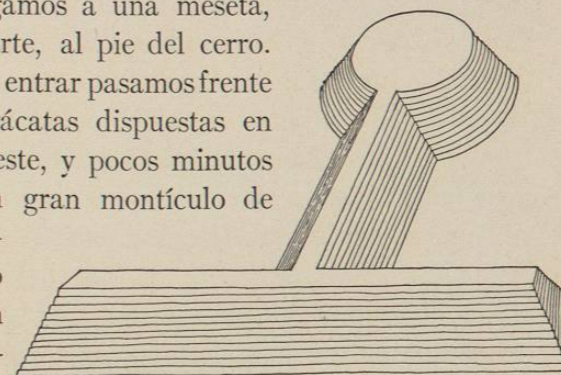
bajo su abrigo, huyó sin esperar más, muy aliviado de seguro con que el trato no se hubiera hecho.

Habiendo sabido que había numerosas yácatas en las inmediaciones, resolví pasar algunos días explorándolas, pero los indios se quejaron á las autoridades de mis intenciones y me impidieron realizarlas. Sabían por propia experiencia el resultado de semejantes profanaciones. Poco tiempo antes, unos muchachos habían cavado por curiosidad en uno de los montículos y extraído algunos monos, y por ello, en solo un día, cayeron cinco tormentas que devastaron las sementeras. Las figuras fueron al punto enterradas de nuevo, y los indios se sentían profundamente inquietos á la simple idea de que fueran á sobrevenirles otras calamidades por esa causa, hallándose resueltos á resistir contra cualquiera atentado.

Yo, por mi parte, tenía la determinación de llevar á cabo mis investigaciones. No era tanto mi objeto conseguir ídolos, cuanto ver de qué manera estaban contruídos los montículos. Me dirigí, pues, al pueblecito de Paricutín, de donde procedían la mayor parte de las quejas, y pronto me vi rodeado de numeroso grupo de indios entre quienes se encontraba el alcalde, dueño del terreno donde mis excavaciones habían comenzado. "¡Es seguro que nos va á pasar algo malo!" gritó, y todos los demás manifestaron en su semblante cuánto les preocupaba lo serio de la situación. Uno de ellos expresó sus pensamientos, diciendo con entereza: "Si nosotros no queremos que escarben, nadie nos puede obligar." Ni el argumento del mexicano que me acompañaba, de que "dios está en el cielo y no enterrado en el suelo," pudo modificar en nada la actitud de la imponente asamblea.

Deseando á todo trance tomar una fotografía del montículo, les propuse con calma que fuéramos solamente á verlo, y me acompañaron treinta ó más indios, algunos á caballo. Al ir subiendo por los cerros, me llamó la aten-

ción el triste estado de las sementeras, todas maltratadas por el granizo, y no me sorprendió que aquellos pobres indígenas estuviesen inquietos, aunque su suposición en cuanto á la causa de su desgracia tanto me contrariase. Sin embargo, conociéndolos como los conocía, desistí de cualquiera intento para hacerlos apreciar la verdadera relación entre la causa y el efecto. El único medio para lograr mi propósito era ganarme su buena voluntad, pues con ello permiten á uno hacer cosas por las que en otras circunstancias lo matarían. Después de caminar dos horas entre los hermosos pinares que cubren las laderas del pico de Tancítaro, llegamos á una meseta, descubierta en parte, al pie del cerro. Inmediatamente al entrar pasamos frente á tres pequeñas yácatas dispuestas en hilera de este á oeste, y pocos minutos después vimos un gran montículo de piedra que se destacaba de un modo muy notable en aquel solitario desierto. Resguardado en todo su alrededor por corpulentos pinos y al amparo de la majestuosa montaña, había resistido á la mano destructora del tiempo, al grado de que era fácil reconocer su primitiva forma.



Diseño de la yácata de Parangaricutiro, restaurada.

La yácata está contruída con piedras y sin mezcla, en forma de una T cuyos brazos tienen como cincuenta pies de longitud por treinta y dos de altura. El brazo occidental remata en una construcción circular. Todos los lados se levantan en escalones regulares desde el piso, siendo la anchura de la superficie en la parte alta sólo seis pies, mientras que en la base es de veinte. Estas escalinatas hacen al edificio singularmente simétrico y gracioso.

Tanto los indios como los mexicanos me aseguraron que no existían en las inmediaciones piedras de la clase de las usadas en la construcción, las que debieron de ser transportadas de la desnuda cima de Tancítaro, como dos leguas y media de allí, distancia igual á la que hay del montículo á Parangaricutiro. Desde arriba de la yácata se domina un hermoso paisaje del amplio valle y cerros adyacentes.

Por completo me avine al parecer de los indios respecto á que no se debía destruir aquel gran monumento de los pasados siglos. Hubiérase requerido por lo menos un mes para explorarlo, y era casi seguro que no contenía más que piedras. Ante mi resolución, comenzaron mis compañeros á desechar sus recelos, y me permitieron que los fotografiara á ellos y á su yácata. En seguida les distribuí algunas obleas que casualmente llevaba conmigo, y poniéndolos poco á poco de buen humor, no fué trabajo en que me permitieran excavar uno de los montículos más pequeños, á condición de que tocaría al propietario la mitad de lo que encontráramos. Al regresar al pueblo, me enseñaron otro grande montículo que ofrecía el aspecto de un enorme hacinamiento de tierra.

La yácata que excavé era la situada más al norte sobre la meseta, y sólo nos dio insignificantes resultados. Á cerca de un metro de profundidad tropezamos con una pesada piedra de pie y medio de larga, nueve pulgadas de ancha y seis de gruesa, á uno de cuyos lados se habían formado dos cavidades circulares de poco fondo. Á poco más de un metro abajo de la piedra, encontramos una jícara, de boca sobre otra piedra, y también una vasija de barro bien hecha é indudablemente de época reciente. Con ella desenterramos un esqueleto con distinto olor de descomposición, lo que prueba que la antigua costumbre de enterrar en esa clase de yácatas debe de haber prevalecido hasta hace poco.

Aquello, en suma, era un sepulcro, y estoy convencido de que el objeto de todas las yácatas de esa forma y de los pequeños montículos de tierra cubiertos de piedra era guardar á los muertos, mientras que los grandes en forma de T probablemente debían su existencia al culto religioso. El Dr. D. N. León ha deducido, fundándose en antiguas pinturas, que los tarascos tenían templos sobre las yácatas y casas de dos pisos al rededor. El Lic. D. Eduardo Ruiz, por otra parte, cree que eran tumbas, y que los conquistadores destruyeron muchas de ellas, impulsados por su codicia. Hay una fila de cinco yácatas en forma de T cerca de la antigua capital Tzintzuntzan. En las cercanías de Zacapu vi muchas de otra clase, hechas con bloques de lava.

Me resolví á permanecer en Parangaricutiro para presenciar la gran fiesta religiosa que se celebra el 14 de setiembre en honor del Cristo de los Milagros, porque tenía así la oportunidad de ver la agrupación de indios procedentes de todo el Estado. No menos de catorce mil individuos, en su mayor parte indígenas, se congregaban ese día y los siguientes á fin de rendir homenaje á una imagen de Cristo crucificado. Me inducía igualmente á estarme allí el hecho de que, juntamente con la muchedumbre de creyentes, llegan muchos pícaros, aun desde Guadalajara, á hacer de las suyas siempre que pueden, con lo cual hay mucha inseguridad en los caminos.

Comenzaron los preparativos como por el 1 de setiembre. Los mexicanos, por su parte, ponían todo empeño en tales trabajos, para los cuales ocupábanse las autoridades en medir en la plaza los lotes donde habrían de levantarse las barracas y puestos de los vendedores, jugadores, vinateros, etc., que acuden desde muy lejos á la feria, pues asume la fiesta la usual combinación de intereses religiosos y comerciales. La solitaria y desolada plaza pronto se convirtió en una pequeña ciudad de casuchas de tablas,

entre las que se destacaba una gran tienda color de rosa, donde se instalaron las mesas de juego.

La fiesta es de origen reciente, pues comenzó á celebrarla hace unos treinta ó cuarenta años el cura de la localidad. Durante largo tiempo habían tenido en una casa particular de Parangaricutiro un crucifijo de mediano tamaño, originario de Frontera, según dicen, cuando alguien le descubrió la virtud de hacer milagros. Sacáronlo entonces de su oscuridad para llevarlo al prominente lugar que ahora ocupa en la iglesia. La gente sostiene por supuesto que es una imagen aparecida. Á mis irreverentes ojos les pareció, de todas maneras, que el autor del Cristo carecía en absoluto de gusto artístico y conocimientos anatómicos, pues todo él estaba muy mal ejecutado, y sus miembros, especialmente, eran muy desproporcionados. Aunque la fiesta reviste carácter cristiano, como la acompañan de incesante baile, es decididamente india.

Presto quedó el pueblo lleno de gente. Todo cuarto con llave se rentaba en quince ó veinte veces más de lo acostumbrado. Mi "hotel" estaba hechido, hasta más no poder, de individuos que dormían adentro y afuera. Aun el desván ó tapanco de mi pieza había sido rentado á quince hombres que lo encontraron á propósito para depósito de rebozos.

Donde quiera había estrépito y movimiento. Los precios de los artículos de primera necesidad habían subido al cuádruplo, con gran regocijo de los vecinos del pueblo. Las felices propietarias de vacas se unieron para monopolizar la leche y manejaban el mercado con la habilidad de los más experimentados negociantes. Llegó un piquete de soldados para conservar el orden público, pues eran de esperarse las riñas y homicidios, y de continuo se cometían estafas y robos.

Siguiendo la corriente general, me encaminé de la rebozante plaza á la iglesia, al través del espacioso cemen-

terio que más bien parecía un hermoso parque. El tamaño del sagrado edificio es de extraordinarias proporciones en relación con las mezquinas chozas del pueblo, y hace suponer la intención que abrigaban los antiguos misioneros de convertir el lugar en plaza de importancia. Conforme iba avanzando á toda prisa, llegábame un suave rumor rítmico que provenía, á lo que pude suponer, de la iglesia.

La entrada estaba llena de vendedores de velas ofreciendo su mercancía á las almas piadosas que acuden á reverenciar á la imagen. Al entrar al vestíbulo me encontré en medio de otro hormiguero de traficantes con fotografías de la maravillosa imagen, rosarios y otros mementos del santuario. ¿Sabría alguno de ellos la historia de Jesús arrojando del templo á los usureros y mercaderes? No quedé poco sorprendido de hallar el interior de la iglesia atestado de gente con velas encendidas y bailando *la danza*. Apenas podía distinguirlos tras la espesa nube de polvo que los envolvía, y los centenares de movibles luces antojábanseme otros tantos fuegos fatuos. Había más de mil personas, sin duda, que avanzaban hacia el Cristo del altar mayor y retrocedían luego bailando hacia atrás. Para completar la vuelta empleaban como una hora por lo denso de la multitud, mas á pesar de ello había muchos á quienes su fervor religioso impulsaba á repetir la ceremonia varias veces.

Fui poco á poco abriéndome paso, por un lado en donde estaban muchos arrodillados en silenciosa oración, hasta llegar á la reja que separaba el coro de la nave. Allí vi á muchos monacillos muy atareados en recibir los cabos de las velas que no consumían los bailadores y que cedían á la iglesia como ofrenda. Varios mexicanos acomodados ofrecen gruesos y valiosos cirios, pero los tributos de los pobres, que á menudo se quedan sin comer para ahorrar los seis centavos que les cuesta una vela de cera, son de moderadas dimensiones. Pero ya sean grandes ó pequeñas,

raras veces se acaban las velas durante el baile y frecuentemente les quedan buenas cantidades á los auxiliares de la iglesia, que dan en cambio los cabos más pequeños como recuerdos de la celebración. De esa manera se hace donación á la iglesia de grandes cantidades de cera que vuelve á fundirse para venderla de nuevo á la puerta. Me aseguraron que el templo obtiene el ingreso de varios millares de pesos anualmente con la venta de velas y reliquias.

Mucho me impresionó la sincera devoción del pueblo, pero aquella compacta multitud, el polvo, el calor y la hediondez pronto me arrojaron de allí en busca de aire fresco, y una vez fuera me senté en una silla que me alquiló por un rato uno de los vendedores de velas. Entretanto no cesaba de seguir entrando y saliendo la masa humana, y otros, en hileras interminables, recorrían de rodillas la senda principal del cementerio para cumplir sus mandas á la imagen.

Algunos deben de haber andado de ese modo cerca de tres millas, y advertí que las mujeres lo hacían en su mayor parte con las rodillas desnudas, para lo cual se alzaban las únicas enaguas que las cubrían. No faltan quienes se desmayan antes de llegar á la iglesia, donde se paran á bailar. Muchas personas, á uno y otro lado de la vía, procuraban suavizar el sufrimiento de los piadosos peregrinos tendiéndoles al paso frazadas y rebozos, no tanto por compasión y caridad cuanto por la indulgencia que se concede á los que tal hacen, según mi criado me explicó; de este modo ambas partes se benefician. Tal cual rico, por su lado, suele llegar á la iglesia acompañado de una banda de música que se queda tocando afuera mientras él entra á cumplir con sus devociones.

Indios de todas las poblaciones tarascas llegaban en grupos, entrando en el cementerio por las puertas de la derecha y de la izquierda, y tomando luego por la calle

principal que conducía á la iglesia. Iban vestidos con su mejor ropa y adornados de flores, cintas, pedazos de abigarradas telas, etc., unos con cascabeles cosidos al vestido, otros con coronas de cartón dorado: en una palabra, el festivo traje de los matachines primitivos. Aun había quienes llevaran máscaras, reliquias de los antiguos tiempos, cuya significación se ha perdido.

Cada procesión de indios se acercaba á la iglesia al son de un himno de carácter marcial, cantado por dos voces. Aun los que llegaban de los puntos más distantes, como de Pátzcuaro y Peribán, cantaban el mismo himno. Á la cabeza de cada grupo, llevaban al santo patrono de su respectiva comunidad dentro de una caja de madera con vidrio al frente al través del cual se veía la imagen adornada con flores, listones y cuentas. Al pasar la procesión, centenares de indios besaban los nichos de los santos, y se les reflejaba en el rostro el orgullo y satisfacción de sus corazones por haber tributado ese homenaje.

Antes de entrar en la iglesia, hacía un alto cada procesión y los hombres se ponían á bailar por un rato. Flautas y violines proporcionaban la música, y la vistosa apariencia de los matachines era muy admirada por la multitud. Muchas mujeres lloraban de excitación, conmovidas por el canto, el baile, el incesante estrépito de los cohetes y la incansable agitación de la gente; todo ello en contraste absoluto con la soledad y melancolía de su vida ordinaria.

En verdad, siente tristeza el etnologista el pensar cuán por completo destruyeron los frailes españoles las antiguas costumbres en el curso de pocos siglos. Hicieron á los paganos olvidar los profundos pensamientos de sus primitivas ceremonias, á la vez misteriosos y públicos, sustituyéndoles con la aparatosa ostentación de las fiestas católicas sin el sentimiento cristiano. No queda ya sino confusos residuos de las ideas y esplendor de los antiguos tiempos. Entonces cualquier movimiento, el menor frag-

mento de adorno, aun la tela misma tenían objeto y significación especiales; ahora se ha embotado la inteligencia de la raza, y los indios mismos viven degradados y pobres. Lo único que persiste es su devoción religiosa. Bailan hoy frente al Señor de los Milagros con el mismo celo que sus antecesores ante sus propios dioses y con el mismo deseo: conservarse en buena salud y obtener beneficios materiales.

Saliendo de tales reflexiones, acabé por notar algunas pinturas lamentablemente ejecutadas, que colgaban en las paredes del vestíbulo. Representaban escenas en que varias personas habían sido curadas de enfermedades, libradas de peligros ó de algún modo favorecidas por el Cristo cuyas virtudes pregonaban, fuera de la iglesia, los vendedores, con agudas voces que dominaban el ruido de la inquieta muchedumbre y el son de las músicas. Ofrecían impresos en que se contaban los milagros atribuidos á la imagen y cuentos morales para los niños. Para ganarse compradores, solían leer á voz en cuello toda la relación, lo que requería cuando menos diez minutos; y después del supremo esfuerzo de paciencia y pulmones, agregaban: "No vale más que dos centavos!" No faltaban entonces quienes adquiriesen algunos ejemplares; mas para dar salida á otros, los vendedores volvían á emprender su lectura desde el principio hasta el fin.

Aparecieron también en escena tres mendigos de profesión, mexicanos. Dos de ellos, aparentemente ciegos, fueron conducidos por el tercero á un lugar conveniente, y, colocados el uno frente al otro, á distancia como de diez varas, donde comenzaron á recitar á gritos un discurso sobre la doctrina cristiana. Les oí una catequización acerca de los diez mandamientos, cuyas preguntas y respuestas se seguían en rápida sucesión, y cada mandamiento era interpretado de un modo singularísimo. Terminada la lección, los mendigos cayeron de rodillas im-

plorando limosna con fervor. Los que con tales exposiciones sienten iluminado su espíritu muestran generalmente su agrado desprendiéndose de algunos centavos. Aquella ocasión, los esfuerzos de los tres mendigos no obtuvieron recompensa apreciable; pero se me aseguró que otras veces han llegado á reunir treinta pesos en un día. Hay muchos mendigos de profesión que se ganan la vida de esa manera, yendo de fiesta en fiesta durante todo el año, arrastrándose con las rodillas descubiertas para excitar la piedad é implorando la ayuda de las almas caritativas. Muchos pretenden padecer males físicos, y yo mismo vi á un impostor, que se presentaba impedido de una pierna, andar perfectamente derecho cuando creía que nadie lo observaba.

Era verdaderamente admirable el orden que reinaba en tan crecida multitud. No se necesitaban policías que estuvieran diciéndoles: "¡Adelante! ¡adelante! ¡No obstruyan el paso!" etc. Por lo demás, los rateros hacían su agosto, especialmente dentro de la iglesia, donde el entendimiento de los devotos se hallaba tan abstraído de los bienes terrenales. No menos de cuarenta individuos fueron sorprendidos in fraganti en lo más culminante de la fiesta. La gente prudente llevaba su dinero en los zapatos, razón por la cual, según me dijo un vendedor de velas, el dinero de los pobres es tan sucio.

Cuando salí del cementerio y entré en la plaza, presencié un espectáculo del todo diverso: la feria. Era casi imposible abrirse paso entre la estupenda masa activamente ocupada en comprar y vender. La más atractiva de las mercancías exhibidas eran los rebozos, colgados sobre cuerdas, formando hileras. En los puestos se ofrecían dulces de Colima, trastos de barro, velas de cera, géneros de algodón, etc. Algunas mujeres vendían comida. Sin embargo, los que mejor negocio hacían eran los jugadores y los cantineros. Como la mitad de los puestos servían para estos

dos objetos, y á su rededor pululaban los parroquianos, como las abejas en torno de la miel. En la mayor parte de las barracas cantaban al son de la guitarra, y al frente de las más opulentas atraían la atención parejas de bailarines profesionales, ejecutando el nacional jarabe con admirable agilidad.

Forasteros, traficantes, jugadores, licoristas, todos, en suma, van invariablemente á la iglesia á bailar á la imagen antes de emprender sus negocios en la plaza. Ni las numerosas mujerzuelas, que son las primeras en llegar y las últimas en irse, pierden la oportunidad de salvar su alma bailando frente al Señor de los Milagros. La gente del lugar, por su parte, no rinde homenaje al portentoso Cristo, sino hasta que se ha ido la multitud de gente extraña, pues tienen mucho que hacer para vigilar sus propiedades ó las que les confían los forasteros.

Por interesante que fuese aquella febril pulsación de vida, pronto me sentí fatigado por los excesos de aquella orgía, que continuó sin interrupción varios días con sus noches, de la que no había medio de escapar. Ni en mi cuarto hallaba reposo, pues muy poco me protegía el deteriorado techo, de los ebrios reboceros que ocupaban el desván, quienes me tenían de continuo en un lecho que no era ciertamente de rosas.

Supe después que varios sacerdotes y obispos de la diócesi se han esforzado en acabar con el exagerado culto, pero han tropezado con la inquebrantable resolución del pueblo. Todos declaran unánimemente que la imagen "quiere ver bailar," y esta peculiar idea de los indios ha sido aceptada aun por mexicanos, al parecer inteligentes, que consideraría uno incapaces de semejante absurdo. Centenares de ellos se ponen á bailar en la iglesia, dando pruebas con ello de la influencia que puede tener una raza conquistada sobre sus conquistadores.

Se cuenta que un sacerdote tomó la resolución de poner

fin á esa adoración pagana, y al acudir la gente á la iglesia, encontró sus puertas cerradas. Pero aun no amanecía, cuando el sacristán fue á despertar al padre con la noticia de que, á pesar de todo, el baile se estaba ejecutando. Ambos se dirigieron á la iglesia, donde quedaron en el límite de la consternación al ver centenares de luces en movimiento, en medio de la polvareda de siempre y el ruido de los pies, pero sin advertir ninguna gente. Asustado el cura, mandó que al punto se abriese el templo como de costumbre, y desde entonces ningún otro sacerdote ha tratado de evitar la fiesta ni sucederá esto nunca en opinión de los naturales.